

# ALEJANDRA

---

*por*

FRANCISCO GONZALEZ ARAMBURU

**H**ASTA los cuarenta años, había esperado. El día que los cumplió fue a una peluquería de señoras y se hizo cortar y rizar el hermoso pelo castaño. Al volver a su casa, se puso un traje sastre de terciopelo negro y una blusa de seda blanca que se abría en el cuello como una camisa sport de hombre. Cubrió luego cuidadosamente su rostro de polvo hasta la línea del pelo y pasó la borla por la parte del pecho que dejaba al descubierto el escote. En los labios se puso un poco de carmín y le dio un último toque al peinado. Con el gran peine de hueso, del color del pelo de su madre, marcó unas ondas y desvaneció otras; metió los dedos en el pelo y se lo esponjó. Sacudió del vestido las motitas de polvo que le habían caído, se puso el abrigo con cuello de piel, cogió el bolso acharolado y salió a la calle. Iba a casa de un fotógrafo que se anunciaba en el periódico.

En el estudio no tuvo que esperar mucho, antes que ella sólo había una familia. Cuando salieron sus rostros tenían todavía la rigidez inexpresiva con que se habían retratado. El fotógrafo era un hombre alto y delgado, pálido, calvo, que parecía un farmacéutico por su aire reservado y circunspecto y la larga bata que vestía. Le preguntó, con voz que comunicaba una insoportable e incomprensible complicidad, qué clase de trabajo quería. Deseaba un retrato de busto, junto a una mesita cubierta con un tapete verde que tenía flecos y borlas en los bordes. Sobre su cuerpo, un poco por encima de la cintura, replegó un brazo; apoyó el codo del otro en la mesita y en la palma de la mano blanca, delicadamente carnosa y brillante como una magnolia, hizo descansar su pálido rostro. Levantó la mirada y la dejó suspendida en el vacío, para que en sus grandes ojos, tiernos y negros, se encendiera la admirable luz de un pensamiento melancólico y secreto. En el dedo anular brillaba la sortija de la abuela; la que habría llevado en el día de su boda.

Al día siguiente fue a recoger la fotografía. Se la enseñaron antes de envolverla. El marco estaba forrado en cuero marrón, con filetes dorados, y se cerraba como un libro de primera comunión, con un broche adornado que tenía en los bordes. Le repitió las gracias al fotógrafo, que le había ofrecido de nuevo sus servicios para el futuro, aunque sabía que nunca volvería a pedir-

selos. La acompañó hasta el ascensor; le abrió la reja y llevó su amabilidad hasta oprimir el botón que pondría en movimiento la caja aterradora, cubierta en el interior de un brocado descolorido de dibujo presuntuoso y alumbrada por una diminuta bombilla. Por fin, salió a la calle. La espera había sido larguísima y ya era de noche. La bruma de invierno atravesaba silenciosamente el halo de luz de los faroles. Unos niños —serían hijos de obreros, sus padres no habrían vuelto todavía del trabajo— soplaban una humeante hoguera diminuta encendida con las hojas y las ramitas caídas de los castaños. Tenía tiempo de ir caminando hasta su casa. Le había dicho a la abuela, a su madre, que no volvería hasta las ocho. Y aunque le habría gustado caminar, como siempre que sentía la necesidad de hablar consigo misma, pudo más el largamente inculcado temor a andar sola por las calles de noche. Caminó hasta la parada del tranvía.

No se le veía venir. Junto a ella, un poco detrás, se detuvo un hombre. Después llegó una señora gorda, bajita, vestida con un abrigo que le quedaba corto por lo apretado y le daba un curioso aspecto de niña. La mujer gorda le dijo algo. Volvió la cabeza para contestarle y vio cómo el hombre luchaba con los faldones del abrigo, que el viento, repentinamente frío, azotaba. Los niños seguían agachados sobre la hoguera, de la que habían conseguido hacer brotar unas llamas. Por fin, llegó el tranvía. La mujer gorda y el hombre le cedieron el paso. Entró de prisa en el cálido ámbito de luz amarillenta. De inmediato, la envolvió el olor triste de los gastados enrejados de paja, del bronce de las agarraderas, del tabaco que los hombres fuman, del papel de los billetes y la saliva y el sudor y el polvo incrustados en la madera. Afortunadamente, venía casi vacío. Se pudo sentar junto a una ventanilla que tenía el cristal bajado. Volvió la mirada al discreto espejo hecho de la oscuridad de fuera y la brillante luz de dentro y se vio como le gustaba verse: de tres cuartos de perfil. El vidrio reflejaba su frente suavemente abombada, la línea de la nariz, un poco demasiado larga tal vez, pero estrecha y de aletas apenas levantadas. Repasó con la vista la boca de labios delgados, cuyo centro terminaba en una graciosa puntita en el medio del superior, un poco saliente. En el dibujo impecable del mentón, que comenzaba en una ligera depresión debajo del labio inferior y acababa en una redondez dura y tersa como un canto rodado, terminó la inspección. Entonces, volvió la mirada a sus propios ojos. Ya no vio nada más. Las dos sombras densas, extrañamente animadas, terriblemente serias, le hablaron con la amable honradez con que le habían respondido, año tras año, a sus mudos, contenidamente vehementes, valientemente formulados interrogatorios. En el regazo llevaba la prueba, para nadie más que para ella sola, de la razón de sus esperanzas. Última concesión a su vanidad, dolida, que iba a encerrar para siempre en el armario, entre la ropa de espliego, bordada con primor, que ya no tenía por qué no usar.